

que : viendo huir un hombre á todo correr, me tomó por un ladrón y corrió tras de mí gritándome que me detuviese; pero la vergüenza me daba alas, salté el foso como un gamo espantado, y atravesando campos en línea recta, sin seguir camino alguno trazado, me dirigí hacia Williams-House, y vine á caer jadeando, muerto de fatiga y sin fuerzas á la puerta de mi quinta.

Estuve enfermo tres meses, durante los que la familia de sir Burdett tuvo el buen gusto de no enviar ni un recado para saber de mi salud. Apenas pude levantarme hice traer un carruaje con caballos de posta, y abandoné la Inglaterra sin despedirme de nadie, llevando conmigo por único consuelo este pedazo de velo que conservaré toda mi vida, y que quiero coloquen en mi féretro despues de mi muerte.

Ahora ya adivinareis porqué me habeis visto el otro dia bajar tan rápidamente el Bigli, y es que supe á la mitad del camino que entre los viajeros que me precedian habia un compatriota que podria conocer mi nombre y mis aventuras. Ved aquí la vida que llevo; huyendo siempre de toda sociedad, devorado por la idea de que todas las desgracias las debo á mí mismo, y agobiado por la convicción de que no hay felicidad posible para mí en este mundo.

Desgraciadamente no habia nada que replicar á esto. Esto era claro como el dia y cierto como el Evangelio. En su consecuencia, en vez de perderme en vulgaridades filosóficas, hice traer un segundo bol de ponche, y al cabo de una media hora, tuve la satisfaccion de ver á sir Williams, si no consolado, al menos fuera del estado de sentir momentáneamente toda la extension de su desventura.

ZURICH.

Al dia siguiente muy temprano entré en el cuarto de sir Williams, y le encontré profundamente aterrado. El remedio de la vispera habia producido un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Sir Williams tenia el ponche triste, y no habia mas que hacer que dejarle morir tranquilamente del esplin.

— ¡Hola! me dijo al verme y tendiéndome los brazos : ¿sois vos, querido amigo? ¿con que no me habeis abandonado?

— ¡Cómo abandonado! me parece que todo al contrario, os he sacado de debajo de la mesa cuando el exceso de vuestras desgracias os ha hecho rodar de vuestra silla, os he metido tiernamente en la cama y os he deseado todos los sueños que debieran salir esta noche por la puerta dorada. No podia hacer mas.

— Si, podiais hacer mas, y acabais de hacerlo; podiais volver esta mañana á verme, y habeis vuelto. ¿Consentiriais en continuar el viaje conmigo?

— ¡Cómo si consiento! sin duda : en primer lugar teneis un excelente carruaje; luego, cuando no estais cortado no careceis de talento, y por último, bajo todos aspectos me pareceis un excelente compañero de viaje. Caminaremos mientras haya tierra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año, 1825 MONTERREY, MEXICO

que nos sostenga, y cuando no la haya tomaremos un buque.

— ¡Gracias! si hay un hombre que pueda salvarme la vida sois vos.

— No desee otra cosa.

— Así saldremos de Lucerna hoy.

— Entendámonos : es preciso separarnos momentáneamente.

— ¿Pues cómo?

— Tengo una visita que hacer.

— Yo la haré con vos.

— Imposible, amigo mio; voy á ver á un valiente jóven que acaba de batirse con uno de vuestros compatriotas que le habia alojado dos balas en el pecho, y á quien ha muerto; de modo que, en el estado en que se halla, si viese á un inglés... ya veis, con eso de que habeis hecho morir á su emperador, seria capaz de causarle un trastorno.

— Ya comprendo.

— Así, os vais á Zug, mañana nos reunimos, y soy enteramente vuestro en lo restante del viaje, con tal que vayais á donde yo quiera.

— Iré á cualquier parte, yo no voy á punto determinado.

— Pues bien, no hay mas que hablar; hasta mañana en Zug.

— Y qué, ¿no tomareis el té conmigo?

— Sí, á condicion de que yo os lo he de ofrecer.

— Comprendo que quereis que alternemos.

— Sí, mucho.

— Pero yo tengo un excelente té como no lo encontrareis en toda la Suiza.

— A esto no tengo réplica que oponer; tomemos el té.

Tomado el té, me acompañó sir Williams hasta el puerto, nos citamos por última vez para Zug, y en seguida saltamos Francesco y yo en la barca que nos aguardaba. Dos horas despues nos hallábamos en Küssnach.

Me informé del dueño de la posada de la salud del herido; se hallaba muy próximo á la convalecencia. Diéronme las señas de su cuarto, subí á él, y empujando con cuidado la puerta, entré sin hacer ruido. Estaba en la cama y dormia en brazos de Catalina, que se hallaba sentada junto á él, cuyo pesar y vigiliias revelaban su palidez. Le hice señas que no despertase al enfermo, y me senté junto á una mesa para escribir mi nombre. Entretanto abrió él los ojos y me reconoció.

— ¡Cómo! ¡vive Dios! me dijo, ¡sois vos y no me despertan! ¿en qué estabas pensando, Catalina?... Mira, ese es mi mejor amigo, abrázale por mí, querida, tráele aquí, junto á la cama, y déjanos hablar un rato, y cuando vuelvas á subir no olvides una taza de caldo de pollo, comienzo y á tener apetito. Catalina, religiosa observadora de las órdenes de Jollivet, vino á presentarme su mejilla, me llevó junto á su amante y se fué.

— ¿Con que habeis vuelto á pensar en mí? está muy bien; gracias, me dijo Jollivet. Ya veis que esto va mucho mejor. ¡Ah! ¿os quedais hasta la boda?

— ¿Cómo hasta la boda? ¿pues quién se casa?

— Yo.

— ¿Y con quién?

— Con Catalina.

— Y bien, os doy la enhorabuena, sois un excelente hombre.

— Y aun es poca recompensa para lo que la debo, particularmente despues de lo mucho que me ha cuidado. ¿Querreis creer que aun no se ha desnudado una sola noche siquiera? duerme sentada en este sillón en que estais, y con la cabeza en mi almohada. Cuando digo que duerme, no duerme, porque cuantas veces me despierto la encuentro con los ojos abiertos.

— Estará muy dichosa con vuestro proyecto.

— Aun no la he dicho nada; esta es una resolución que yo he tomado para mí. Así, mirad, dentro de quince días, segun dice el médico, ya estaré levantado; dentro de tres semanas puede quedar hecho todo; quedaos hasta entonces ó volved. Si es preciso esperaros, se os esperará.

— Imposible, querido amigo. ¿Dónde estaré yo dentro de tres semanas? Ni un mes me queda á mí que permanecer en Suiza; me llaman con urgencia de Francia. Yo no coloco como vos muestras de mis dramas en el extranjero, y así tengo obligación de hacer mi despacho en mi domicilio.

— ¡Bah! bah! bah! ¿qué son quince días mas ó menos? ¿Con que consentisteis en ser testigo de mi desafío, y os negareis á serlo de mi casamiento? Además, con que os aguardáseis únicamente cinco ó seis meses, podriais todavía ser padrino. Mira, Catalina, continuó Jollivet dirigiéndose á su querida que entraba con una taza en la mano, ayúdame.

— ¿A qué? respondió Catalina.

— A hacerle que se quede hasta la boda.

— ¿Hasta qué boda?

— Hasta la de Catalina Frantz y Alcides Jollivet, que si no hay impedimento por parte de la futura, se hará antes de un mes á fe de hombre de honor.

Catalina dió un grito, dejó caer la taza, y fué á echarse medio desmayada sobre la cama de Jollivet.

— ¡Y bien! ¿qué es eso? ¿qué tienes? ¿estás loca?

— ¡Oh! exclamó Catalina, con que mi hijo ya tendrá padre!... El cielo te bendiga, Alcides, por el bien que me haces. Dios sabe que jamás te hubiera pedido semejante cosa, pero sabe tambien que así que te hubieras ido yo habria muerto. ¡Ah! Señor; Señor, cuán grande, cuán bueno, cuán misericordioso sois!

Dijo Catalina estas últimas palabras con tanto reconocimiento, con tan profundo fervor, y tan conmovida voz, que se agolparon las lágrimas á mis ojos. Jollivet quiso echarla de hombre fuerte, pero triunfó la naturaleza y llorando echó sus brazos al cuello de Catalina.

— Adios, hijos míos, les dije acercándome á ellos. Tendreis mil cosas que deciros; yo os dejo, sed muy felices.

— ¡Diablo! exclamó Jollivet, declaro que me faltará algo si no asistís á mi boda.

— ¡Oh! volved, me dijo Catalina. Ya me habeis traído una vez la dicha, pues en vuestra presencia que ha dicho lo que acaba de decirme: volved y me la traereis todavía.

— Imposible, amigos míos, todo lo que puedo hacer es pasar lo restante del día con vosotros.

— Entonces, dijo Jollivet, tomando su partido, de un mal pagador es preciso sacar lo que se pueda. Encarga la comida, Catalina, y cuida de que salga buena.

— ¡Pero tenemos tiempo! yo voy á dar una vuelta, quedaos juntos; dentro de una hora volveré.

— ¡Bien! marchaos; teneis razon de que tenemos necesidad de estar solos un instante.

Volví á la hora dicha, pasé el resto del dia con aquellas excelentes gentes, y no sé si el cielo vió jamás dos corazones mas felices que los que yo dejé palpitando uno sobre el otro en aquella miserable posada de aldea.

Al partir de Küssnach, fui obligado á tomar otra vez un camino ya conocido, y volver á pasar por el mismo barranco de Guillermo Tell. En Immensee me despedí de la cuna de la libertad suiza, y tomé una barca para Zug, á donde llegué al cabo de una hora de travesía. Entré á parar á la fonda del Ciervo, donde habia citado al inglés, pero como se habia visto obligado á dar la vuelta al lago por Cham, no habia llegado todavía.

Aguardándole subí á la azotea de la posada, desde donde se descubre un punto de vista magnífico, que se sumerge primero en el lago que resplandece al Mediodía como un mar de fuego, se alarga á la derecha sobre la Suiza de las praderas, se prolonga hasta perderse de vista tras de Cham y de Bounas, tropieza á la izquierda con las masas colosales del Righi y del Pilato, que parecen dos gigantes guardando un desfiladero, y despues deslizándose por entre su base, se hunde en el valle de Sarnen que cierra el Brunig, sobre el cual se lanzan en agujas blancas y de encajes calados las agudas y nevadas cimas de la cordillera de la Yungfrau.

Llevando humildemente mis ojos de este magnífico espectáculo, y sobre el camino real, divisé el carruaje de sir Williams, que caminaba pausadamente arrastrado por sus dos caballos de lujo, y el cochero con librea. Até al momento mi pañuelo á

la punta del baston de camino, y le hice flotar cual una bandera: no tardó en ser visto, y sir Williams contestó haciendo poner sus caballos al galope. Cinco minutos despues se hallaba conmigo, y detrás de él vino el posadero con pretexto de preguntarnos á qué hora queríamos comer, pero para ver si estábamos dispuestos á oírle la catástrofe de la sumersion en el lago de una parte de la poblacion. Como nosotros teníamos tanta gana de escuchar esta relacion como él de hacerla, pronto se arregló la cosa.

El invierno de 1435 habia sido tan frio, que á excepcion de la cascada de Schaffausen, se heló todo el Rhin desde Coira hasta el Océano. Todos los lagos que contenian agua mansa ofrecian una superficie tan sólida como la del suelo. El mismo lago de Constanza, el mayor de todos los de la Suiza, tué atravesado á caballo y en carros; con mucha mas razon los de Zug y Zurich que apenas tienen el uno la octava y el otro la cuarta parte de su extension. Entonces bajaron hasta las ciudades los animales de las montañas, y las autoridades prohibieron matar la caza, excepto los lobos y los osos. Permanecieron en este estado las cosas unos tres meses, cuando comenzando el hielo á derretirse, se notó que la tierra se abria profundamente en varios parajes, y sobre todo en la parte de la poblacion mas próxima á la orilla. Hacia la tarde dos calles enteras y una parte de los muros se separaron del resto: resbalaron rápidamente en el lago y desaparecieron; sesenta personas que no habian creído el riesgo tan próximo, permaneciendo en sus casas amenazadas, desaparecieron con ellas.

De este número fué el primer magistrado y toda

su familia, á excepcion de un niño que se encontró al otro día flotando, como Moisés, en una cuna. Este niño fué luego landanman del canton y conservó este empleo hasta la edad de ochenta y un años. Nos aseguró el posadero, que á cierta hora del día, cuando el sol dejaba de inflamar el lago, se descubria aun á unos cuarenta piés debajo del agua limpia y azul, restos de murallas y entre ellos una torre. En cuanto á este hecho, tuvimos que fiarnos de su palabra, no habiendo sido nuestra mirada muy penetrante, al parecer, para divisar hasta tal profundidad.

Teníamos aun dos horas largas antes de comer, segun nos dijo el huésped, y así las empleamos en reconocer la ciudad. Nuestra primera visita fué al arsenal.

Como casi todos los arsenales de Suiza, contiene armas y armaduras curiosas, algunas de ellas históricas. Reliquias sobre las que vela secretamente el amor nacional, y que no han llegado todavía á diseminarse en los gabinetes de los aficionados, las ofertas de los prenderos desesperados de verse rechazados ante los recuerdos que las ligan con las ciudades en que se encuentran. Una de estas reliquias es la bandera de Zug, teñida aun con la sangre de Pedro Colin y de su hijo, que se hicieron matar defendiéndola el año 1422 en la batalla de Bellimone.

Al salir del arsenal entramos en la iglesia de San Oualdo; no ofrece nada notable mas que un grupo, ó por mejor decir tres estatuas muy sencillas, santa Cristina mártir, santa Apolonia y santa Agueda; santa Apolonia tiene en una mano una tenaza con un diente, y santa Agueda un libro sobre el que

presenta á la piedad de los fieles los dos pechos cortados de la virgen.

A algunos pasos de esta iglesia se eleva la de San Miguel, que está contigua al cementerio. Desde Altorf me habian hablado ya del cementerio de Zug. En efecto, jamás he visto un lujo semejante de cruces doradas; parece aquello la música de un regimiento. Pero lo que acompaña á tantos metales son las flores que entre ellos se entrelazan. Estoy cierto de que jamás cementerio alguno ha inspirado menos ideas tristes; mas bien se creeria facilmente que todas las sepulturas son canastillos preparados para bautizos y bodas, mas que lechos funerarios en que duermen los huéspedes de la muerte. He visto niños que corrian como abejas de un sepulcro á otro, y que salian con sus cabezas adornadas con las rosas y claveles que habian brotado sobre el sepulcro de su madre.

A unos veinte pasos, debajo de un cobertizo á que se da el nombre de capilla, se ofrece á los ojos del viajero un espectáculo enteramente opuesto, un osario en cuyos estantes se hallan colocadas sobre quinientas calaveras unas encima de otras. Cada una de estas calaveras descansa sobre dos huesos cruzados, y sobre estos cráneos que han tomado el amarillento tinte del marfil, hay un pequeño rótulo pegado con gran cuidado, que conserva el nombre, e indica el estado de la persona á la que pertenecian aquellos restos.

¡Qué mina de chistosas chanzas hubieran encontrado allí los enterradores de Hamlet!

Como vistas estas maravillas una vez, no ofrece Zug otra cosa particular, nos volvimos á la posada en donde con gran chasco del fondista, dió sir

Williams á su cochero la órden de tener engan-
chados los caballos, que no habian andado mas que
cuatro leguas por la mañana, para llevarnos á
Horghen despues de haber comido; así ahorrába-
mos media jornada, y podíamos estar al dia si-
guiente á las once en Zurich. La ejecucion siguió al
proyecto inmediatamente, y tres horas despues de
haber dejado el lago de Zug, resplandeciente con
los últimos rayos del sol, descubrimos á través de
las hojas de los árboles, el de Zurich, estremecido
por la brisa de la tarde y plateado por el resplandor
de las estrellas.

Nada nos detenía en Horghen, especie de puerte-
cillo que sirve de pósito á las mercancías de Zurich
que pasan á Italia por el San Gothardo. En su con-
secuencia partimos al amanecer, segun estaba con-
venido, y despues de haber seguido el delicioso ca-
mino que costea por la derecha la orilla del lago y
por la izquierda la base del Alvis, llegamos á medio
dia á Zurich, que se intitula modestamente la Ate-
nas de Suiza.

Esto consiste en que en esta ciudad nacieron los
ciento cuarenta poetas cuya lista muy completa y
muy ignorada trae Rogerio Manes, el Mecenas del
siglo xiv: verdad es que en el xviii se han agregado
los mas conocidos nombres de Gessner, Lavater y
Zimmermann.

Los zuriquenses se hacen notar en general por
una curiosidad sencilla, que al principio sorprende,
porque se toma por indiscrecion; despues muy
pronto notais que tiene su origen en esa honradez
franca que no teniendo nada que ocultar á los de-
más no admite que los demás puedan tener secreto
para nosotros.

Mientras almorzábamos, hablando en italiano,
tuvimos un ejemplo de esto.

Un honrado habitante de Zurich con vestido de
color de castaña, calzon corto y media listada, con
sombbrero de grandes alas, hebillas en los zapatos,
y una gran cadena de reloj en su bolsillo, se levantó
del rincon de la chimenea en donde se hallaba sen-
tado, dió algunos pasos hácia nosotros, se detuvo
para mirarnos á todo su sabor y placer, y despues
se puso á medir la habitacion de lo largo á lo ancho,
echando una mirada sencillamente curiosa sobre
sir Williams y sobre mí cada vez que pasaba por
junto á la mesa; verdad es que aunque comíamos
en la misma mesa, formábamos singular contraste.

En fin, ya no pudo contenerse mas, y parándose
justamente frente á nosotros, apoyó sus dos ma-
nos sobre el puño de su baston, y sin mas preám-
bulo:

— ¿Quiénes sois? nos dijo en francés.

Nos sorprendió la pregunta en un país en donde
se viaja sin pasaporte, y estuvimos un rato sin con-
testar, dudando se nos hubiese dirigido á nosotros;
el zuriqués se impacientaba de nuestro silencio, é
indicando con un meneo de cabeza que á nosotros
nos dirigia la palabra:

— Os pregunto que quiénes sois, continuó.

— ¿Quiénes somos nosotros? respondí yo.

— Sí, vosotros.

— ¡Pardiez! somos viajeros. *Will you a wing of
this fowl*, proseguí en inglés para desorientar á
nuestro hombre ofreciendo un alon de polla á mi
compañero.

— *Yes, very well, I thank you*, me respondió
Williams alargándome su plato.

Quedóse cortado el zuriqués oyendo este nuevo lenguaje que no entendia; reflexionó un instante, pasándose la mano por la barba, y luego volvió á recorrer con mesurado andar la linea que habia adoptado. Por último, parándose otra vez.

— ¿Y porqué viajais? nos preguntó.

— Por gusto, respondi yo.

— ¡Ah! ¡ah! contestó el zuriqués, echando á andar otra vez. Luego volvió á pararse.

— ¿Con que sereis rico?

— ¿Quién, yo...? le contesté, no pudiendo volver del asombro que me causaba aquella serenidad.

— Sí.

— ¿Me preguntais si soy rico?

— Sí.

— Pues no, señor, no soy rico.

— Pues si no sois rico, ¿cómo os componeis para viajar? porque en los viajes se gasta mucho dinero.

— Verdad es, respondíle, sobre todo en Suiza, en donde los fondistas son algo ladrones.

— ¡Hum! hizo el zuriqués volviendo á su paseo.

— Pero en fin, ¿cómo os gobernais? continuó parándose otra vez.

— Toma, gano algun dinero.

— ¿En qué?

— ¡En qué!

— Sí.

— ¡Y bien! por la mañana, cuando me siento bien dispuesto, cojo una pluma y un cuaderno de papel, escribo cuantas ideas tengo en la cabeza, y cuando esto forma un tomo ó un drama, lo llevo á una librería ó á un teatro.

El zuriqués dejó caer su labio inferior en señal

de desprecio, y se puso á medir la habitacion reflexionando al parecer muy profundamente en lo que yo le habia dicho, y luego, repitiendo el mismo juego de escena prosiguió:

— ¿Y cuánto os viene á producir eso al año?

— Uno con otro de veinte y cinco á treinta mil francos.

El zuriqués me miró un instante fija y socarronamente para asegurarse de que no me burlaba de él, y luego, como el enfermo de aprension, volvió otra vez á pasear murmurando:

— ¡Veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum! ... ¡veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum! ... ¡hum! ... sin mas inversion de fondos que papel y una pluma... ¡hum! ¡hum! ... ¡hum! ... ¡linda cosa, muy linda, sumamente linda!

Paróse otra vez, y me preguntó:

— ¿Y vuestro compañero?

— Tiene cien mil libras de renta.

Y tornó el zuriqués á pasear hasta la tercera vuelta que se paró como esperando que nosotros le hiciéramos tambien algunas preguntas: pero viendo que nos habiamos puesto otra vez á comer pollo y hablar en italiano:

— Yo, dijo, me llamo Fritz Haguemann, tengo cinco mil trescientos francos de renta, una mujer con quien me casé por inclinacion, cuatro hijos, dos varones y dos hembras, soy ciudadano de Zurich, y estoy abonado en la biblioteca, lo que me da derecho á sacar de ella los libros.

— ¿Y teneis tambien derecho para acompañar á ella á los extranjeros?

— ¡Yo lo creo! dijo el ciudadano pavoneándose, y los que yo acompañe, ya pueden jactarse de que

serán muy bien recibidos por el bibliotecario Mr. Orell, ó por su segundo Mr. Horner.

— Pues bien, le dije, mi querido señor Hagemann, supuesto que ya nos conocemos como si fuésemos amigos diez años há, ¿no podríais en obsequio de la amistad acompañarme á la biblioteca? deben existir en ella tres cartas autógrafas de Juana Gray á Bullinger, y una de Federico á Müller, que me alegraré mucho leer.

— ¿Y cómo sabéis todo eso?

— ¿Cómo lo sé? Es que un amigo mio, un sabio, lo que no le impide ser un hombre de bastante talento, excepcion que le hace desmerecer algo entre sus compañeros, Buchon, ¿le conocéis? os lo nombro porque os gusta que os pongan los puntos sobre las i i.

— No le conozco.

— No importa. Pues bien, Buchon ha venido el año pasado á Zurich, leyó esas cartas y me habló de ellas.

— ¡Ah! ¡ah! ¡bien! ¡bien! decid, ¿me las haréis ver, no es verdad?

— Con muchísimo gusto; y celebraré infinito haber venido de París para esto. — *¿Lef us go, sir, are you coming?* dije al levantarme.

— *Yes*, respondió sir Williams.

Nos encaminamos á la biblioteca conducidos por nuestro respetable introductor.

No nos habia mentido ni sobre su influjo ni sobre la amabilidad de M. Horner. Nos mostró cuanto la biblioteca de Zurich poseia de mas curioso, es decir, una parte de la correspondencia de Zwingle, manuscritos de Lavater, tres cartas de Juana Gray, demasiado largas para reproducirlas aquí, y una de

Federico, muy original y muy corta que pondremos á la vista de nuestros lectores. Fué escrita con esta ocasion.

El profesor Mr. Müller publicó en 1784 con el cuidado y la religion de un verdadero alemán, una coleccion de antiguas canciones suizas, sencillas y vigorosas como el pueblo que las cantaba. El editor, á quien es preciso no confundir con el historiador J. de Müller, obtuvo de Federico el Grande permiso de dedicarle aquellas canciones nacionales y se las envió creyendo causarle un gran placer; pero este era un género de literatura que el rey filósofo apreciaba medianamente, de modo que contestó á Mr. Müller la carta siguiente.

« Sabio querido y fiel: juzgais demasiado favorablemente esas poesías de los siglos doce, trece y catorce que han visto la luz pública por vuestra diligencia, y creéis tan dignas de enriquecer la lengua alemana; á mi parecer no valen un cartucho de pólvora, y no merecian ser sacadas del olvido en que yacian sepultadas. Lo cierto, sí, es que en mi biblioteca particular no toleraré tales necesidades, y antes las tiraré por la ventana. Así, el ejemplar que me enviáis, aguardará tranquilamente su suerte en la biblioteca pública, y en cuanto á saliros garante de muchos lectores, es lo que á pesar de toda su benevolencia por vos no podrá garantiros vuestro rey — FEDERICO. »

LOS MUDOS QUE HABLAN Y LOS CIEGOS QUE LEEN.

Al salir de la biblioteca nos fuimos á visitar el hospicio de los sordo-mudos, fundado por Mr. Scher. Algunas conversaciones por señas que yo habia tenido antes de marchar con un jóven de gran talento, sordo-mudo, y profesor en el Instituto Real de París, me habian familiarizado con las tentativas hechas hasta este día para mejorar el estado de aquellos infelices, y llamarlos á tomar su parte en los bienes que promete la sociedad y en los deberes que impone. Ese mismo habia tenido la complacencia antes de mi salida de París de darme algunas notas con este motivo, rogándome examinara con cuidado el Instituto de Zurich, en donde me habia asegurado que se habia conseguido hacer hablar á los alumnos. Me valgo hoy de aquellas notas para dar á mis lectores algunos detalles bastante curiosos, y bastante ignorados, creo, sobre esta singular y excepcional educacion (1).

En Esparta estaban colocados los sordo-mudos en la clase de los seres incompletos ó deformes á quie-

(1) Este jóven es Mr. F. Bertier, que ha debido á sus conocimientos especiales en la materia el honor de ser elegido por el Instituto histórico, para formar una memoria sobre la educacion de los sordo-mudos de todas épocas y de todos los países.

nes era inútil dejar vivir, pues no podian servir de ninguna utilidad á la república. En su consecuencia, tan pronto como se echaba de ver su enfermedad, eran entregados á la muerte. En Roma, las leyes los desheredaban de una parte de los derechos civiles: los declaraban inhábiles para administrar sus bienes, les daban tutores y los separaban de la sociedad. La religion cristiana, todo amor y caridad, reconoció hombres en estos infelices seres, á quienes, avara la naturaleza, no habia dado mas que tres sentidos, y les abrió los claustros donde comenzaron á recibir los primitivos gérmenes de educacion; sin embargo, era una educacion muy grosera é imperfecta, pues un autor del siglo xv cita como una maravilla á un sordo-mudo que ganaba su vida tejiendo redes para pescar.

Pedro de Ponce, beneditino español del convento de Sahagun en Leon, que murió en 1548, fué el primero que tuvo la idea de que los sordo-mudos, aunque privados de los órganos de la palabra y del oído, podian recibir y transmitir ideas. La casualidad le habia proporcionado cuatro maestros discipulos; eran los dos hermanos, y la hermana del cardenal de Velasco, y el hijo del gobernador de Aragon. El método que habia empleado y que desgraciadamente se ignora, pues no dejó ningun tratado sobre la materia, tuvo un éxito tal, que de todas partes acudieron á él discipulos de una clase inferior; entre estos últimos algunos hicieron tan grandes progresos, que sostenian en público discusiones sobre astronomía, fisica y lógica; tambien dicen los autores contemporáneos, que habrian pasado por gentes hábiles y sabias á los mismos ojos de Aristóteles. En el mismo siglo y hácia la misma época,

es decir, de 1550 á 1576, un filósofo italiano llamado Jerónimo Cardan, se ocupó, pero secundariamente, de esta empresa, y sus escritos son los primeros en que se encuentra consignada la posibilidad de enseñar á leer y escribir á los sordo-mudos.

En 1620, treinta y seis años despues de la muerte de Pedro Ponce y cuarenta y cuatro despues de la de Jerónimo Cardan, apareció en Epaña un libro bajo el título de *Arte para enseñar á hablar á los mudos*. Era un francés, secretario del condestable de Castilla, que con el objeto de aliviar la posición del hermano de este condestable, que quedó mudo á la edad de cuatro años, habia dirigido sus trabajos hácia este nuevo género de profesorado. En el libro que de él se conserva, y que hemos dicho es el primero, se atribuyó Pedro Bonet la invención de su método; además, lo que es imposible negar, es que no haya sido el primero que ha introducido en su obra el alfabeto manual que adoptó despues, con algunas modificaciones, el sabio y buen abate de l'Epée.

Hácia el año 1660 J. Waller, profesor de matemáticas de la universidad de Oxford, intentó hacer por Inglaterra lo que Pedro Bonnet habia hecho por España, es decir, poner á los sordo-mudos en estado de comprender los pensamientos de otro, y expresar los suyos por gestos ó por escrito. El mismo se felicita de su buen éxito en la carrera á que se habia consagrado, en una carta dirigida al doctor Veverley. « En poco tiempo, dice (1), mis discípulos habian adquirido mucho mas saber que

(1) *Transacciones filosóficas de Londres*. Octubre de 1698. *Historia de la educación de los sordo-mudos*.

» lo que se pudiera suponer en hombres de su posición, y se hallaban en estado, si les hubiesen cultivado, de adquirir todos los conocimientos que se trasmiten por la lectura. »

Algun tiempo despues, un médico suizo, llamado Conrado Amman, publicó un tratado titulado el *Surdus loquens*, y mas tarde una disertación sobre la palabra, tratado que fué traducido al francés por Beauvais de Preau.

Al principio del siglo xviii penetró la cuestión en Alemania. Xerger dirigió una carta con fecha de 1704 á Etmuller sobre la manera de instruir á los sordo-mudos. Setenta y cuatro años despues el elector de Sajonia fundaba una escuela en Leipsick, y nombraba su director de Kinsiken.

Entretanto se habia atrasado la Francia. El portugués Rodrigo Pereira, que se habia presentado en París como inventor de un nuevo método dactilológico, y que habia recibido del rey una pensión y el título de secretario intérprete, ofreció vender el secreto de aquel método, pero habiéndose juzgado exorbitante el precio que pidió, se negó el gobierno á su compra. Rodrigo de Pereira no emprendió jamás la educación sin haber hecho jurar antes á sus discípulos no revelar su secreto; que guardado religiosamente murió con él. Por esta época, una circunstancia casual reveló al abate l'Epée su método.

Habiéndole un dia llamado sus deberes de eclesiástico á casa de una señora que vivía en la calle de los Fosos de San Víctor, encontró á sus dos hijas cosiendo, y notó que estaban tan profundamente atentas á su labor, que no levantaron los ojos al ruido que él hizo al entrar. Entonces el buen abate

se aproximó á ellas, y las dirigió la palabra; pero fué inútilmente; las jóvenes parecían no oírle. No pudiendo creer que se burlasen de él, se sentó junto á ellas y aguardó. Diez minutos despues entró la madre, y en dos palabras quedó todo explicado; las jóvenes eran sordo-mudas.

Aquel encuentro le pareció al abate l'Epée una revelacion del cielo sobre la cristiana senda que debía seguir; pidió permiso para encargarse de la educacion de aquellas dos señoritas, comenzada por el padre Vanin, y sin mas recurso que el de las estampas, pues no conocia ninguno de los métodos adoptados, emprendió su obra de paciencia y de caridad. Pero no queriendo atenerse á dos discípulas particulares, comenzó cursos públicos, llamando en su socorro á todas las inteligencias y pidiendo auxilio á los sabios de Europa en la tarea que habia emprendido.

Durante uno de estos ejercicios públicos, vino á ofrecerle un desconocido un libro español que trataba de la materia. El abate de l'Epée, que ignoraba la lengua en que estaba escrito, iba ya á rehusar aquella adquisicion, cuando abriéndolo á la ventura, vino á dar con el alfabeto manual de Pedro Bonnet grabado en madera. Aquel libro era el arte de enseñar á hablar á los mudos.

Desde entonces el abate de l'Epée partió de un punto, y caminó hácia un resultado. De catorce mil libras de renta que tenia, no se reservó mas que dos para sus necesidades personales, y consagró el resto para las de sus discípulos. Por fin, despues de diez años de pretensiones al rey, Luis XVI concluyó por concederle de su bolsillo secreto una pensión anual, y el uso de una casa contigua al convento

de los Celestinos. Dos años despues de la muerte del abate de l'Epée, por los decretos de 21 y 29 de julio de 1791, se convirtió esta casa en Instituto Real. Años antes habia fundado Mr. Scher la escuela de Zurich que íbamos á visitar, y que está contigua á la de los ciegos, fundada por Mr. Faulk casi en la misma época.

En aquel momento habia en el Instituto diez y ocho ó veinte sordo-mudos, de los que algunos, además del alfabeto manual, poseian tambien la reproduccion labial. Como este género de instruccion está poco adoptado en Francia, habiéndosele juzgado inútil, daremos algunos detalles sobre él á nuestros lectores.

La reproduccion labial es la facultad que adquieren los discípulos de leer sobre los labios de los que les hablan, y de repetir palabra por palabra las expresiones que estos han pronunciado. Nos presentaron á un muchacho de quince años, de mirada inteligente y rostro melancólico, quien al entrar volvió los ojos á su profesor, y luego, dirigiéndoles á nosotros nos dijo en francés, pero sin ningun acento:

— Buenos días, señores.

Dirigimosle entonces la palabra, y á todas las preguntas que le hicimos, nos respondió volviendo inmediatamente los ojos á su maestro, con aquel mismo tono dulce y monótono, sin ningun cambio de entonacion, cualquiera que fuese la diferencia en el pensamiento que expresaban sus palabras. Nos parecia aquello cosa de milagro, no era mas que simplemente mecánico. Leia la respuesta que debía darnos alto, en los labios de su maestro, que la decia enteramente bajo, y la reproducia con la mas grande exactitud.

Todavía, á pesar de esta explicacion no dejaba la cosa de tener algo de asombroso. ¿Por medio de qué mecanismo se ha logrado hacer repetir á un autómeta sonidos que no oye, y que por consiguiente, su oído no puede juzgar? Pero á la evidencia, sin embargo, fué preciso rendirse. Nuestro jóven mudo reprodujo textualmente todas las frases que le dirigimos en francés, inglés ó italiano, pero siempre con el mismo tono monótono y melancólico, semejante á un eco vivo y cercano; y tambien nos repelia lo que con la espalda vuelta á él dijimos delante de un espejo en el cual iba á buscar sobre la imágen de nuestros labios la sombra de nuestra palabra.

Cuando hubimos terminado con el mudo, se hizo llamar á un ciego: entró con su fisonomía despejada y esa expresion de bienaventuranza que se lee en el rostro de casi todos los desgraciados privados de la vista; era como el otro un jóven de catorce á quince años: llevaba en la mano un abultado libro, que fué á dejar sobre una mesa con la misma soltura en el andar que si viera perfectamente; despues llegado allí se volvió como por instinto hácia su maestro.

— ¿Qué tengo que hacer? le dijo sonriéndose.

— Mi querido hijo, le dijo el maestro, aquí hay dos extranjeros, uno francés y otro inglés, que han oído hablar de nuestro instituto y vienen á visitarlo; ¿quieres leer alguna cosa?

— Con mucho gusto, dijo el niño.

— ¿Qué libro traes?

— No lo sé, el primero que he tomado en la biblioteca.

— Mira el título.

El ciego abrió el libro, pasó su dedo sobre los renglones escritos en la primera página y respondió:

— Son las Confesiones de san Agustín.

— ¿En latín?

— Sí.

— ¡Bien! lee algo á estos señores: en cualquier parte donde quieras, poco importa.

Salteó el niño unas cuarenta páginas, luego buscando con el dedo un párrafo, leyó por espacio de cinco á seis minutos, siguiendo siempre con el dedo los caracteres, esto tan veloz como pudiera haberlo hecho con sus ojos.

Yo no sé de qué mecanismo se valen en París para los ciegos, pues no he visto nunca ningun instituto de este género; pero los de Zurich aprenden por un método tan sencillo como fácil. El papel está picado con un alfiler por un lado, de suerte que las letras resaltan en relieve en el otro; pasando el dedo sobre este relieve, lee el ciego por el tacto, y reemplaza un sentido por el otro.

Nosotros mismos escribimos tambien con un alfabeto preparado para esta clase de ejercicios, muchas frases en diferentes lenguas, que el ciego leyó inmediatamente sin vacilar, pero conservando en todos los idiomas el acento alemán.

Terminada esta prueba le trajeron un papel de solfa escrita del mismo modo, y cantó varios cánticos de iglesia, y algunas canciones nacionales. En fin, volvimos á hacer con respecto á una canción la misma experiencia que habíamos hecho con una frase, y la descifró á la primera vez, solfeando con ayuda de sus dedos siempre tan exacto cual hubiera podido hacer un músico profesor con la música que se le presentase por primera vez. Había pasado el

tiempo con mucha velocidad, en medio de aquellos estudios tan nuevos para nosotros, y solo nuestro estómago había contado las horas; sonó la de comer, y nos despedimos de nuestros mudos y de nuestros ciegos.

Al volver á la posada nos encontramos la mesa lista; despues de la comida, preguntamos al huésped si no había algun café en la ciudad, y nos respondió que había algunos, pero que si queríamos haría venir del mas inmediato todo lo que quisiéramos, y al mismo tiempo los periódicos ingleses y franceses que en él se recibían. Aceptamos.

Diez minutos despues nos trajeron el *Nacional* y el *Times*. Cada cual echó mano al suyo, nos arrellanamos en nuestras butacas, el codo sobre la mesa en que humeaba nuestro moka, y con los piés estirados hácia la chimenea, comenzamos á devorar nuestro pasto político, con el ansia de viajeros privados de noticias hacia dos ó tres meses.

De repente, en medio de nuestra lectura lanzó sir Williams un grito angustioso. Me volví hácia su lado; le ví muy pálido.

— ¿Qué hay? le dije, ¿qué teneis?

— Leed, me contestó alargándome el diario inglés.

Fijé la vista en donde me señalaba, y leí:

« Ayer 3 de agosto ha firmado el rey el contrato de boda de miss Jeuny Burdett con sir Arturo Lesly, miembro de la cámara. »

Quise tratar de dar algun consuelo á sir Williams, pero interrumpiéndome y dándome la mano:

— Necesito estar solo, me dijo; no me atrevería á llorar en presencia vuestra.

Estreché la mano de aquel excelente é infeliz joven, y me retiré á mi habitacion.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
PRÓSPERO LEHMANN
1625 MONTERREY, MEXICO

Al dia siguiente á las siete, entró el camarero en mi habitacion y me entregó una carta de sir Williams: se excusaba de marcharse sin despedirse de mí, que decia tanto me había compadecido de sus dolores antiguos, pero temia cansar mi paciencia con sus nuevos dolores, y se marchaba para soportar él solo todo su peso. Estaba acompañada esta carta de un pequeño sello de oro que me suplicaba conservase en recuerdo suyo. Hice algunas preguntas al eriado, pero no sabia nada mas sino que sir Williams había pasado una parte de la noche en escribir, y había hecho enganchar sus caballos á las tres de la mañana, y abandonado á Zurich.

Empleé el dia en visitar la catedral, que dicen fué fundada por Carlo-Magno, el gabinete de historia natural, y el sepulcro de Lavater, muerto, como se sabe, al querer sacar á un amigo suyo de manos de los soldados franceses que le maltrataban. Mas-sena, que ha dejado en Zurich una reputacion sin mancha, hizo cuanto pudo, pero inútilmente, para descubrir al matador.

A las seis me embarqué en el lago. Recordaba la promesa que había hecho á Próspero Lehmann en